

“DEMOCRACIA Y FUERZA”: una perspectiva de la política exterior de Estados Unidos de Norte América luego del 11 de septiembre.

*Por Leonardo Javier Balmaceda.
Profesor en Historia.
Magíster en Relaciones Internacionales.
Instituto de Relaciones Internacionales.
Universidad Nacional de la Plata.*



“A partir del 11 de septiembre comenzó a gestarse un nuevo escenario internacional, que le permite a Estados Unidos aumentar su presencia en regiones foráneas críticas para sus intereses vitales.

La presencia militar de Estados Unidos en estas regiones despertó sospechas no solo de sus aliados sino, también, del conjunto de la comunidad internacional. No obstante, esta percepción comenzó a gestar cambios al producirse una escalada de la acción del terrorismo internacional, cuya violencia lo ha llevado a que sea considerado como una amenaza para la paz y la seguridad mundial.

Este nuevo escenario internacional incide en forma positiva en la implementación de la política exterior norteamericana, pues el sentimiento de zozobra permanente que provoca la amenaza del terrorismo fundamentalista es un riesgo para la seguridad de sus aliados más próximos, y es la causa que ha facilitado la legitimación internacional de sus ingerencias armadas.

*Sus intervenciones le permite, además, presentarse como una potencia que no duda en anunciarse a sí mismo como el defensor de los valores democráticos y de los derechos humanos universales, aunque su objetivo último sea defender sus intereses vitales en peligro, enarbolando, ante esta nueva crisis, el lema de **Democracia y fuerza** como sinónimos de justicia y determinación.*

Estados Unidos a partir del 11 de septiembre despliega globalmente su presencia y logra la tan ansiada legitimación internacional con un fortalecimiento extra al lograr el apoyo de sus aliados en política exterior. La encarnación del peligro, o amenaza a su seguridad, se materializó y la nueva guerra no tardó en declararse como instrumento de la democracia más poderosa del mundo, y de sus aliados, contra el terrorismo fundamentalista internacional.

La Administración del presidente George W. Bush, se vio ante la urgente necesidad (doméstica y externa) de dar una respuesta satisfactoria a las nuevas exigencias para reestablecer su seguridad, promover la propagación de sistemas democráticos y asegurar no sólo la paz, sino también, la estabilidad internacional.

A la Casa Blanca se le complicó más aún la meta de lograr una aceptable gobernabilidad internacional¹ al discernir sobre cómo dar una solución óptima a estas exigencias en este nuevo contexto internacional, más inseguro y menos predecible a causa de la violencia, luego del 11 de septiembre.

Y la respuesta, de los estrategas de la Administración y del propio presidente Bush, fue profundizar la tendencia de considerar a la diplomacia y a la fuerza como complemento y apoyo, la una de la otra; para conseguir un mayor efecto en la política exterior a diferencia del concepto que las consideraba como extremos opuestos en el ámbito de la política nacional, principalmente, después de Kosovo (1999)

Sin embargo, a la Administración Bush se le plantean aspectos de características político-militares que debe resolver: entre los que se encuentran determinar cuáles son los intereses nacionales estadounidenses que pueden estar en peligro, en regiones que pueden caer bajo la influencia del terrorismo; saber cómo lograr el consenso del Congreso y de la sociedad estadounidense, para aceptar riesgos a fin de proteger sus intereses en regiones distantes; distinguir las herramientas diplomáticas y militares, para asegurar los recursos necesarios para una acción exitosa y, por último, encontrar cómo lograr la persuasión y el

¹ Vale señalar aquí que a partir del año 1995 ha adquirido relevancia la cuestión de la “**gobernabilidad Global**”. Al respecto Fred Halliday, considera: “... en el actual contexto, se refiere a un conjunto de organismos interconectados, aunque separados, que comparten un propósito común. Por lo tanto, la **gobernabilidad** cubre las actividades de los Estados, pero también las de los organismos intergubernamentales, destacadamente los de la ONU, y el papel de las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los movimientos transnacionales: todos estos se combinan, influyéndose mutuamente, para producir el sistema de gobernabilidad global. La discusión no es sobre si dicho sistema es deseable o no: ya tenemos un sistema de gobernabilidad global con muchas capas, y por supuesto uno de los problemas principales es el de resolver, a través de reformas, los defectos de un sistema que ha estado vigente durante varias décadas...” Halliday Fred, “Gobernabilidad global: perspectivas y problemas”. *Revista Internacional de Filosofía y Filosofía Política*. Madrid, N 9, junio 1997, p, 23

apoyo, especialmente de sus aliados, para contar con su ayuda en el caso de una intervención armada en el extranjero.

La circunstancia descripta impone a los burócratas de la Casa Blanca, lograr una estrategia que le permita conciliar los intereses, tanto de la política exterior y de la defensa de sus intereses, como del consenso interior y exterior, para evitar las críticas de sus aliados, y de los otros países, sobre su acción militar internacional, además de fomentar un mayor número de operaciones multinacionales valiéndose de la protección de los derechos humanos y de las normas democráticas, como fortísimas herramientas que le permiten la legitimación del uso de las fuerzas.

El estado de guerra en el que se encuentran Estados Unidos y sus aliados, contra el terrorismo internacional, implica el aumento de intervenciones armadas, las que involucran a las fuerzas militares en una mayor proporción, en todo el mundo. Para Washington la búsqueda de la cooperación internacional, particularmente el de sus aliados del Tratado de la Alianza del Atlántico Norte (OTAN) es crucial, ya que está en juego la definición del mejor uso de sus capacidades, para hacer frente a los desafíos de la nueva guerra planteada.

La estrategia norteamericana de lograr consenso interno y externo, para maximizar sus recursos y alcanzar sus objetivos geoestratégicos, se puede dilucidar en las siguientes tendencias de su diplomacia:

1. Convencer y persuadir a la opinión doméstica e internacional de que el nuevo rumbo, de la política exterior norteamericana, es el correcto.
2. Asegurar la cooperación y apoyo de sus principales aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)

Veamos las implicancias de cada una de ellas:

1. Convencer y persuadir a la opinión doméstica e internacional de que el nuevo rumbo, de la política exterior norteamericana, es el correcto.

La asunción del presidente George W. Bush a la presidencia, dio lugar al ingreso de nuevos funcionarios con un enfoque distinto sobre los temas e intereses de la política exterior. En consecuencia, el nuevo modo de concretar la geoestrategia nacional se encuentra influenciada por el pensamiento del presidente y su equipo de asesores. Pero, no se debe olvidar que, Estados Unidos, al ser la democracia más poderosa del mundo, debe mantener a lo largo del tiempo ciertos lineamientos en política exterior.

La Administración Bush refleja esta circunstancia junto con las problemáticas que trae consigo un nuevo gobierno, más aún, si la nueva dirigencia política proviene de un partido distinto a la de la anterior Administración.

Después de la finalización de la Guerra Fría el temor a la amenaza de una guerra nuclear hizo posible que la Casa Blanca logre el apoyo interno necesario para consolidar su política exterior. Pero la ausencia de un enemigo declarado produjo en los ciudadanos norteamericanos un menor interés en la política exterior, lo que repercutió en una merma de la asignación de los recursos económicos necesarios para ejercer una hegemonía mundial.

Sin embargo, a pesar de que el presidente Bush no tiene una amplia experiencia en política exterior ha sabido rodearse de colaboradores idóneos, tales como Colin Powell (secretario de Estado), Donald Rumsfeld (secretario de Defensa) y de Condoleezza Rice (asesora de Seguridad Nacional) La experiencia demostrada por estos colaboradores es de suma importancia para la política internacional de la Casa Blanca, pues enfrenta una misión en extremo dificultosa, ya que debe triunfar en una nueva guerra contra el terrorismo fundamentalista alrededor del mundo

2) Asegurar la cooperación y apoyo de sus principales aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)

La finalización de la Guerra Fría (1991) originó que Estados Unidos sea percibido como el país más poderoso del mundo. Esta situación de privilegio, trajo como contrapartida la desconfianza no solo de la comunidad internacional, sino también de algunos miembros más importantes de la OTAN, como Francia e Italia.

La desconfianza que despierta, inclusive en algunos de sus aliados, le dificulta la legitimación internacional sobre sus acciones en política exterior. Como consecuencia de ello surge el debate en los decisores de la Casa Blanca sobre qué camino seguir en política exterior; en otras palabras si era conveniente cumplir con las obligaciones y riesgos que le impone aceptar el rol de policía del mundo; o si era mejor elegir la intervención, solamente, en situaciones en que sus intereses estén amenazados.

A pesar de la desconfianza hacia Estados Unidos, a causa de sus capacidades, los actores internacionales son conscientes del peso de la participación de Norteamérica en las intervenciones armadas internacionales, prueba de ello son la intervención armada en Bosnia (1995) y Kosovo (1999), puesto que si la OTAN no contaba con la presencia estadounidense no se hubiesen concretado.

El escenario universal se caracteriza por la falta de un único pensamiento (político, ideológico, religioso y cultural), que permita enunciar un discurso aglutinado y homogéneo capaz de canalizar las distintas aspiraciones que coexisten en esta época de cambios acelerados favorecidos por la globalización.

Es en este contexto mundial se le impone a Estados Unidos la necesidad de asegurar la gobernabilidad global, pero acompañada de la obtención de la legitimación internacional, para resguardar los objetivos planteados en su geoestrategia.

La obtención de la legitimación internacional y cooperación de sus aliados se había vuelto problemática luego del fin de la Guerra Fría, ya que con la desaparición de esa amenaza soviética disminuyó el sentimiento de solidaridad que hacía necesario y lógico

mantener la cooperación y armonía entre los aliados de la OTAN; aunque ello significara, muchas veces, oponerse a los propios intereses nacionales.

Sin embargo, esta situación se revierte, en gran medida, con las consecuencias del acto terrorista del 11 de septiembre, pues el terrorismo pone en riesgo a todos los miembros de la comunidad internacional, que, según las palabras del presidente norteamericano y de los principales miembros de la Alianza Atlántica, hace necesario que todos los países se alíen y solidaricen para combatir y neutralizar la amenaza global del terrorismo fundamentalista.

El terrorismo fundamentalista según esta perspectiva, permite a la Casa Blanca la oportunidad de organizar la resistencia como decisión de la comunidad mundial, y justificar el rol de Estados Unidos en Afganistán y otros sitios que juzguen necesarios, en los ya familiares términos wilsonianos de libertad contra el terror, dictadura contra la democracia, bien contra el mal. De esta manera Estados Unidos, no están interviniendo en un remoto lugar conflictivo, motivados por intereses nacionales, sino que se oponen a una agresión armada contra el mundo libre y democrático.

Este nuevo escenario permite a los Estados Unidos estar involucrado, directa e indirectamente, tanto en misiones armadas contra el terrorismo, como en conflictos regionales en cualquier lugar del mundo.” Lo que le permite asegurarse de un resultado más provechoso y de un margen de maniobra político-estratégico mayor para resguardar sus intereses nacionales vitales que, eventualmente, han de coincidir con situaciones que pongan en peligro la paz y el respeto de los derechos humanos.

La amenaza del terrorismo fundamentalista, con su proyección global, disminuyó los desacuerdos y fricciones existentes entre Norteamérica y Europa, ya que estos últimos han tomado conciencia, de nuevo, de su dependencia de Estados Unidos, en lo que atañe a la seguridad. Los que convergen en gran medida en aspectos que implican intereses y valores económicos de tremenda importancia.

Sin duda la nueva guerra emprendida contra el terrorismo fundamentalista ha sido conveniente para la proyección geoestratégica norteamericana, ya que le ha asegurado el apoyo de sus aliados de la OTAN y de otros países amigos, permitiéndole una intervención global en potencia. Sin embargo no todo a sido positivo, ya que como contrapartida también, esta guerra, está siendo provechosa para los fundamentalistas y para los estados musulmanes que se oponen a los intereses norteamericanos, como IRAK e IRÁN.

Una de las complicaciones que, la guerra contra el terrorismo, trajo a la estrategia de Estados Unidos es el agravamiento del conflicto israelí-palestino; donde la intervención armada iniciada por Israel en territorio palestino, ha sido interpretada por el mundo islámico como un intento de dominación, no sólo occidental y sino también de sus aliados, sobre los musulmanes. Lo que ha sido aprovechado por Bin Laden y sus aliados para presentarse como defensores verdaderos de la fe islámica y de la soberanía del mundo árabe.

En estas circunstancias, el reto de la administración Bush es evitar que el conflicto entre israelíes y palestinos se agrave y desencadene una guerra más amplia. Sin embargo, todavía se espera una disminución de la violencia para que se reanuden las negociaciones diplomáticas. Este escenario pone a Estados Unidos en una situación muy delicada donde, por un lado, no puede dejar de apoyar a Israel porque una disminución de su apoyo puede ser percibido por los árabes como una muestra de debilidad, pero, por otro lado, debe ser moderado en su apoyo; pues, si no lo hiciera así, pondría en riesgo el apoyo y colaboración de sus amigos árabes en la lucha contra el terrorismo.

Otro aspecto a considerar de las nuevas implicancias del atentado del 11 de septiembre sobre la política exterior norteamericana, es su relación con Rusia, ya que, pese a que éste sigue atravesando por una profunda crisis económica y social que ponen en riesgo su objetivo de lograr una economía de mercado y la vigencia y desarrollo de un sistema democrático. Sin embargo, Rusia a raíz de su importancia geopolítica para

Estados Unidos y sus aliados puede aumentar su influencia internacional debido a su necesaria participación en la lucha contra el terrorismo.

Rusia a pesar de no ser una amenaza mundial, para los intereses y valores norteamericanos, todavía sigue amilanando tanto las políticas expansivas de Estados Unidos, sobre todo, los esfuerzos conjuntos por controlar regiones claves en aspectos económicos y geopolíticos ubicados en eurasia².

Esta disposición rusa se evidencia en sus intentos de restablecer su dominio sobre algunos estados de la ex Unión Soviética, en especial, sobre Ucrania, Azerbaiyán, Georgia y Armenia; así como, también, en su política de apoyo hacía Irán, país al que los rusos han proporcionado tecnología nuclear, lo que podría permitirle a Saddam Hussein, según declaraciones del gobierno norteamericano, fabricar armamentos nucleares.

El gobierno de Putin, en líneas generales, frecuentemente, ha seguido una política destinada a limitar la influencia norteamericana en las regiones de eurasia. Sin embargo la Casa Blanca no tomó cartas sobre este asunto, porque Estados Unidos, en su lucha contra Bin Laden y sus seguidores, necesita del apoyo político y logístico de Rusia.

Conclusión:

Max Weber afirmaba que el Estado es “el monopolio legítimo de la violencia sobre determinado territorio”. Esta definición nos lleva a relacionar al Estado con el espacio geográfico, dentro de cuyas fronteras él es el único con capacidad para aplicar una coerción justificada y reconocida como tal por los habitantes de ese espacio geográfico.

² Brzezinski Zbigniew: “Para los Estados Unidos, Eurasia es la principal recompensa geopolítica. Durante medio milenio, los asuntos mundiales estuvieron dominados por las potencias y pueblos euroasiáticos que luchaban entre sí por el dominio regional y que aspiraban al poder global. En la actualidad, una potencia no euroasiática ostenta la preeminencia en Eurasia y la primacía global de los Estados Unidos depende directamente de por cuánto tiempo y cuán efectivamente puedan mantener su preponderancia en el continente euroasiático”. “El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos”. Piados. Barcelona, 1998. Capítulo 2, p. 39.

Esta exclusividad que posee el Estado, para el manejo socialmente autorizado de la fuerza, no resulta muy clara cuando se ven afectados los intereses del Estado más poderoso del mundo, especialmente cuando no puede castigar con sus propias manos a aquel que lo afectó sin despertar las sospechas y temor de los otros Estados.

Estados Unidos podría imponer su política exterior mediante la fuerza o la coacción, pero sin embargo no lograría mantener su hegemonía internacional sólo por medio de instrumentos violentos, en otras palabras, Norteamérica no puede imponerse por la sola amenaza de la coerción, porque para mantener su hegemonía requerirá de mecanismos que justifiquen y legitimen su poder, y ello sólo puede lograrlo si la comunidad internacional le reconoce su derecho al mando.

De esta manera, una de las ocupaciones inherente de la democracia más poderosa del mundo es generar y mantener en los ciudadanos estadounidenses y, también, en la población mundial no sólo la creencia sino el convencimiento de que las instituciones y las reglas que él representa son válidas y legítimas en cualquier lugar del mundo. Una de las formas en que se formula, esta necesidad de Estados Unidos, es a través de auto-presentarse como los defensores de los valores democráticos y la defensa de los derechos humanos universales, un conjunto de leyes que tienen la ventaja global de sustentar su poder.

A pesar de que Estados Unidos es la potencia militar más poderosa en el mundo, su poder no le resulta suficiente para llevar adelante su geoestrategia, de ahí su constante y creciente necesidad de asegurar la legitimidad de su política exterior ante el conjunto de la comunidad internacional. Tarea que desde el punto de vista político, fue favorecida a partir del 11 de septiembre.

La guerra contra el terrorismo internacional emprendida por Estados Unidos brindó a los estrategas de la Casa Blanca la posibilidad de lograr un consenso en el Congreso, para apoyar su política exterior; incrementar el presupuesto para la seguridad(nacional e

internacional); acceder a regiones foráneas críticas; profundizar y desarrollar alianzas; aspectos de suma importancia para el cumplimiento de su geoestrategia.

Por último, la nueva guerra no solo permitió a Estados Unidos el apoyo de sus aliados y amigos, sino, también, proyectar sus ideales, culturales y políticos, referidos a la defensa de los derechos humanos internacionales y de los valores democráticos, lo que le permite incrementar su influencia sobre gobiernos débiles a una escala virtualmente universal.-